

## Leonardo de Vinci o Bette Davis?

Por Flavio Cruz

En el último número de esta Revista aparecieron dos magníficos artículos relativos al tema de la frivolidad juvenil, tema que yo había esbozado en ocasión anterior. Por lo visto, el asunto ha despertado algún interés en determinados sectores de la opinión estudiantil. Con todo, no deja de extrañarme que sean precisamente alumnos ajenos al claustro rosarista quienes se hayan preocupado por estudiar el problema. La extendida indiferencia que observo podría hacerme suponer que todos mis compañeros opinan conforme a mis ideas, pero como ésto sería demasiado hermoso y muy halagador para mi vanidad, desearía conocer, si ello fuera posible, la verdadera causa de su desvío...

Voy a referirme aquí, muy brevemente, a los conceptos emitidos por el conocido campeón de natación Dicken Castro, autor de "Sacos a cuadros", en vista de que el señor García Vélez parece en un todo de acuerdo con los puntos de vista que yo he expuesto, lo cual me complace vivamente.

En primer lugar, quiero hacer resaltar la dificultad que entraña para mí contestar las objeciones de mi contendor, no tanto por la peligrosa agilidad de su estilo, como por la sencilla razón de que, a todo lo largo de su escrito, el señor Castro se aparta del sentido de mis afirmaciones. Lo cierto es que su marcada tendencia a exagerar mis opiniones acabó por modificarlas sustancialmente.

Y si no, ¿a qué viene toda esa apología del deporte, desde luego muy explicable en el atleta que la hace? Yo no he sostenido en ningún momento que el deporte sea un síntoma de frivolidad o cosa parecida; he dicho, y lo repito, que no debemos hacer de él

la norma y el fin de nuestra vida, como tampoco del cine, del baile, los tiernos "amacizes" o la extravagante indumentaria. Eso es todo y creo tener razón: precisamente porque es un lugar común muy socorrido aquello de "todo extremo es vicioso", he hablado de buscar el término medio para el justo equilibrio de nuestras juveniles actividades, pero en manera alguna de abolición absoluta. ¡No puedo ser más claro!

Sobre las ventajas o desventajas físicas del deporte, me limito a decir con Bernard Shaw: "Mens sana in corpore sano es una necesidad. El cuerpo sano es un producto de la mente sana"...

Los cálidos elogios que el cinematógrafo le merece son inobjetable pero también inútiles. No sería un cineasta tan consagrado como yo quien se empeñara en desconocerlos; y si mi amigo cree que ese ha sido mi propósito, ello es fruto de sus exageraciones. Se ha venido sosteniendo, sin necesidad de demostración, que "los héroes sustantivos y deslumbrantes" de la época presente son los astros que surgen en los estudios de Hollywood. Ciertamente, y esta es la triste explicación de los paralelos Leonardo de Vinci-Bette Davis (entiendo que es así como se escribe y no de otra manera el nombre de esta actriz) y Miguel Angel-Mickey Mouse, aparentemente tan absurdos. De suerte que, fuera de la órbita de ese séptimo arte, cuyas producciones verdaderamente artísticas son tan escasas debido a su lamentable industrialización, no existen la genialidad ni la gloria. La única excepción la constituyen los boxeadores. Los "graves señores" que no opinamos así somos quizá culpables de un exceso de refinamiento, ¿verdad?

Prescindamos de la materia y pasemos al espíritu. Dice el señor Castro que nuestra generación padece de trascendentalismo y ancianidad espiritual, porque está indigestada de libros de difícil comprensión. Ojalá fuera así, pues como dice el afamado médico y notable escritor Alfonso Castro, "quien diariamente no lee ni siquiera unos renglones de un noble libro, es un suicida moral"... Y conste que, cuando se dice "noble libro" hay que excluir a Pittigrilli y demás valores de la pornografía... Lo que sucede en realidad es que la juventud actual está indigestada de revistas cinematográficas y deportivas, como también de esas novelitas bobaliconas de la serie Delly y Rosa; pero jamás de buenos autores, que éstos no indigestan cuando se les sa-

de leer. A juzgar por el criterio ligero del joven atleta, me inclino a pensar que padece un temible complejo de inferioridad intelectual: ¿será que la idea y el músculo se excluyen?...

Si no fuera invadir el terreno personal, yo le aconsejaría al señor Castro que conservara sus sanos principios morales, cuidándose de caer en el daltonismo de confundir "el azul claro" de colegialas más o menos sugestivas con "el gris oscuro" de esos adolescentes cuyos cuerpos han sido vigorosamente embellecidos por los ejercicios físicos que practican a diario. La admiración estética por esos hermosos "ejemplares" puede llegar a ser más funesta que las visitas esporádicas a las experimentadas "damas rojo fuerte". Al buen entendedor, pocas palabras.

Para finalizar este breve comentario y reafirmar lo dicho, me agrada aceptar la "noble frivolidad" a que se refiere mi distinguido amigo, siempre y cuando que ella signifique algo más que una mera alegría juvenil, que no por necesaria, debe llevarse a extremos tan deplorables, como los que he venido anotando. Por esto encuentro razonable la alusión al ejército americano, pues quiero suponer que esta guerra atroz en que tanto se decide, no habrá sido tomada por nuestros vecinos **yankees** como un simple deporte en el que sólo importa el **fair-play**, ya que parece que no es mascando chicle ni luciendo vistosos uniformes en los sitios de moda, como mejor pueden defenderse los ideales democráticos: éstos hay que preservarlos más que con el vigor del músculo (hoy supeditado por la eficacia de las máquinas), con la fuerza perdurable del espíritu, ese guijarro de David que abate gigantes...

Bogotá, noviembre de 1942.